

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La prolongacion de la vida en familia, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Las dos Reinas, por A. G.—El Reló [poesia], por don A. Alcalde Valladares.—Clemencia, por doña Joaquina G. Balmaseda.—El mejor Aguinaldo, por doña Micaela de Silva.—**GRABADO:** *Doña Juana de Castilla.*—**LAMINA:** *Pliego de Bordados y Patrones.*

EDUCACION É INSTRUCCION.

LA PROLONGACION DE LA VIDA EN FAMILIA.

NOS remitimos á este artículo en el anterior para tratar sobre la prolongacion de la vida en familia. En estas sencillas palabras se encierra un mundo. Prolongarla hasta el tiempo en que la niñez gusta con vivacidad los placeres propios de su edad, qué de recuerdos, qué de afecciones, qué de imágenes á la vez dulces y favorables á la moralidad no se forman en estos años que reclamamos en favor del techo paternal! No se trata de los sitios en los que las costumbres domésticas no se rompen por algunas horas pasadas en el colegio; se trata del valor que es necesario para separarse de unos hijos aun desconocidos, para los cuales son tambien los padres asimismo desconocidos, para renunciar á formar, sino su carácter, esos rasgos, sin duda vacilantes y fugitivos, pero que haciéndose cada dia mas claros y mas firmes, dan lugar á formar proyectos sobre una experiencia personal. ¡De cuánta ventura se puede privar á un hijo! De cuánta satisfaccion pueden privarse los padres! Pueden ocultarse así las mas gratas relaciones de la familia, y ninguna amistad reemplaza á los afectos que la natureleza impone, y liga ese amor íntimo, innato de los hijos para con los padres y vice-versa. No hay verdaderamente hermanos y hermanas cuando no se han compartido desde los primeros años los mismos placeres, los mismos sentimientos, las mismas penas. Y esas diversas particularidades que constituyen la idea de la familia, que la caracterizan á la manera de un individuo, el hogar, la posicion so-

2.^a ÉPOCA.

cial, las relaciones de amistad ó de vecindad, los proyectos para el porvenir, todo esto y mucho mas, y á lo cual no se toma interés antes de los siete años, seria ignorado siempre de los hijos, ó llegarían á conocerlo en la edad en que ya esté formado su carácter y sus sentimientos.

Pero aun no es esto todo lo esencial, ni es sobre todo lo irreparable. La consideracion verdaderamente importante es que la educacion del corazon es nula en los colegios; es que para dar á nuestros hijos una religion á la vez viva y clara solo debemos fiarnos de nosotros mismos.

Los sentimientos religiosos tan fáciles de escitar en la primera edad, dejan siempre, es verdad, venturosas disposiciones en el corazon, pero tales disposiciones suelen ser como una débil niebla que el viento de la vida puede llevarse. Un culto religioso continuo y en la familia, deja huellas profundas: y lo que interesa mas particularmente á la madre, á quien corresponde formar ese culto en sus hijos, es que su dulce imagen permanecerá siempre asociada á su recuerdo, y las ideas religiosas que nos inculca no se practican una vez sin que tengamos presente la que nos las enseñó, la idolatrada, la inolvidable imagen de la madre, emblema del amor, de la ternura y de cuanto hay de santo y celestial en la tierra; por esto se unen los sentimientos religiosos con el amor filial.

Siendo la educacion privada la mas rápida de las dos en su marcha, maestros ó padres instruidos pueden fácilmente tener á sus hijos al nivel de la enseñanza de los colegios. No se necesita mas que una regular instruccion de parte de los padres, y de la de los hijos, que hayan aprendido la educacion privada y posean las cualidades de que nos hemos ocupado en anteriores artículos. Con solo la obediencia y la aplicacion podria bastar, porque obedeciendo se estudia, y estudiando se aprende. Por esto hemos dicho y repetiremos hasta la saciedad, que la obediencia es la base de toda educacion, y aun podemos de-

cir que de todas las virtudes, porque allana el camino de ir á ellas, y las facilita.

Y ¡cuán poco tienen que poner los niños de su parte para ser obedientes! Si en los mas tiernos años conocieran la importancia de serlo y lo que ganan en ello, no solo obedecerian lo que los padres les manden, sino hasta las insinuaciones de cualquiera.

Practicando esa obediencia la niñez, puede prolongarse la vida de familia, que le es tan grata, y en ello ganar los sentimientos de su corazon, y sobre todo asegurar mas y mas los vínculos sagrados de la familia que será un día el consuelo de sus infortunios y es siempre la lisonjera esperanza de su felicidad. Desgraciado del que ignora los encantos de la familia, desgraciado del que no ha hallado en ella el Mentor de sus infantiles y juveniles años, del que no ha llorado de amor y ternura en el seno de ellos, del que no ha compartido sus goces!

Ved á la niñez cuando se separa de ella para ir á un colegio, las lágrimas que le causa, y védla despues volver al seno de la familia, si se ha separado de ella en edad de razon, con qué júbilo corre á abrazar á todos, y como llora de alegría, con la sola idea de ya no separarse mas de ella!

Pongan, pues, los padres y los hijos cuanto esté de su parte, y pudiendo asi prolongar la vida en familia, todos disfrutarán de sus inefables goces con mútuo beneficio.

A. PIRALA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

III.

De Leonor á Adela.

Acabo de recibir tu buena, tu querida carta, y si vieras, tengo los ojos llenos de lágrimas y las mejillas inflamadas de rubor! ¡Desde que te escribí mi última, han pasado tres meses!... Tres meses! Ahí está la fecha acusadora!... Perdóname, Adela, te lo ruego! Yo no sé como se ha hecho esto!... Llevo una vida tan ajitada! Los bailes, el paseo, el teatro!... Tantas cosas que me sorprenden, que me impresionan, que me fatigan casi...

Ayer, sin ir mas lejos, estuve en las carreras de caballos, y me es imposible explicarte con palabras cuantos encantos tuvo para mí esa diversion al aire libre, ahora que renace la primavera, ahora que la naturaleza se viste con sus pomposas galas...

La plaza del Hipódromo, situada en la Casa de

Campo, y rodeada de los árboles gigantescos que decoran este ameno parque, estaba llena de damas aristocráticas, tan notables por su belleza como por sus ricos trajes.

Era una mañana serena y tranquila, el sol derramaba por todas partes sus purísimos rayos de oro, y la brisa balanceaba apenas las copas de los árboles, arrancándoles de vez en cuando algunas quejas.

Y qué animacion! qué alegría se reflejaban en todos los semblantes! qué hermosos caballos, espléndidamente enjaezados, y tambien, Adela, debo confesarlo, qué gallardos! qué apuestos caballeros!

Pero no creas que me fijé particularmente en ninguno: estoy casi persuadida de que el amor no se ha hecho para mi corazon; temo que voy á ser como la insensible Niobe de la fábula.... ¿Te acuerdas de aquel bello ideal adornado de virtudes que forjábamos en nuestros sueños?

Pues no veo en derredor de mí á nadie que se le parezca, y hago como la mariposa, que vuela de flor en flor, admirándolas á todas y sin detenerse en ninguna!

Pero volvamos á esa espléndida fiesta, anhelada con tanto afán, que tanto me complació en un principio, y que concluyó dejándome el alma llena de amargura.

¿Serán así todos los placeres de la vida? Son un compuesto de flores y abrojos, me dijo mi tío: aspira el perfume de las unas, y procura esquivar los otros; pero es esto acaso posible, teniendo una imaginacion viva, un corazon sensible?

Antes de tomar nuestro coche quisimos ir á visitar el lago, que es un lugar delicioso, lleno de encantos y poesía.

Éramos ocho jóvenes amigas, bajo la custodia de mi tío, y nos esparcimos como una bandada de palomas por aquellos solitarios bosquecillos. Habíamos apostado á cual de nosotras llegaría primero al lago.

Yo fui la que alcancé la victoria.

Llegué rendida de cansancio, respirando apenas, y me senté sobre una piedra.

Un poco mas lejos, sentado tambien sobre el tronco de un árbol, ví á un joven que contemplaba las undosas y fugitivas ondas, con ademan tan triste, con tal espresion de pesar y desaliento, que me sentí vivamente conmovida.

¡Casi parecia deseoso de buscar un lecho en el tranquilo fondo de aquel lago!... Tenia en la mano una pequeña flor, una margarita de los campos....

De pronto su frente se anubló todavía mas, sus manos se crisparon, y la pobre margarita cayó al agua...

Misterios del destino!

La ribera en donde yo estaba sentada era mas baja, y las aguas trajeron á mis plantas la náufrega flor-recilla.

¿Por qué me abalancé hacia ella? por qué la cogí?...

Pero al quererla secar entre mis manos, ví el movimiento rápido é involuntario que hizo el jóven para recobrar su tesoro.

Se lo tendí sonriendo.

Entonces el desconocido se acercó paso á paso, tomó la flor que yo le alargaba, y me dió las gracias con tono dulce y conmovido.

En aquel instante resonaron alegres carcajadas, y ví venir á Margarita, cercada de diez ó doce jóvenes aturdidos.

El desconocido se puso pálido al verla, y quedó inmóvil á mi lado.

—Leonor! gritó Margarita, haciéndome una seña con su pequeño látigo, que en su mano parecía el cetro de una reina.

Me acerqué á ella.

—He llamado á Vd., me dijo sonriendo, para que demos juntas una vueltecita.

—Estoy esperando á mi tío y á mis amigas!

—Una vuelta alrededor del lago... Vé Vd. aquella isleta que hay á la derecha? Vamos á visitarla, y nada mas...

No me atreví á resistirme.

Pero antes es preciso que te explique quién es Margarita. Hija de padres modestos, y que habitan en un pueblecillo, los ha abandonado para vivir en Madrid con una tia, vieja loca, que ha brillado en otro tiempo, y que deseosa de conservar su brillo, se huelga mucho de tener consigo á su sobrina, jóven, bella y llena de atractivos.

Margarita es lo que se llama una mujer coqueta; una de esas mujeres que solo sonrien cuando es mas numeroso el coro de lamentos que exhalan sus tristes víctimas; que solo se sienten satisfechas cuando contemplan hacinadas á sus piés las venturas de cuantos las rodean. El mundo suele batir palmas al ver pasar el carro triunfal de estas crueles conquistadoras, pero como siempre hace pagar muy caros sus favores, estos aplausos tienen un eco lúgubre para la reputacion del ídolo enaltecido. Margarita, inocente tal vez, es sin embargo una de esas mujeres de conducta dudosa, en las cuales se ensaña á su placer la páfida calumnia.

En aquel momento estaba encantadora, con su gracioso traje de montar, con su sombrerito de fieltro, cuyo velo ondulaba á merced del viento. La coqueta reia con todos, hablaba con todos!... Parecia estar muy alegre y satisfecha!

¿Qué se habia hecho entre tanto el misterioso desconocido?

Allí estaba, apoyado en un árbol, fijos sus ojos en nosotros; sus ojos negros que parecian empañados por el llanto.

Sin saber por qué, tenia el corazon oprimido; la

bulliciosa alegría de Margarita me hacia daño!... Por fortuna llegó mi tío.

ANGELA GRASSI.

LAS DOS REINAS.

Hace muy poco tiempo que un ilustrado amigo mio derribando una casa que poseia en la Imperial Toledo, halló en un agujero practicado en el muro un viejo pergamino, en el cual estaba anotado el siguiente hermoso rasgo de dos Reinas que ilustraron los anales de nuestra querida patria.

A principios del siglo XVI vivia en la buhardilla de dicha casa una pobre mujer llamada Gertrudis, la cual hacia doce años que estaba clavada en el lecho del dolor, víctima de una espantosa enfermedad que minaba su existencia.

La infeliz se hallaba sola en el mundo, carecia de recursos, y debia su subsistencia á las buenas almas que la socorrian y á sus compasivas vecinas.

Pero las vecinas eran tan pobres como ella, y tenían que atender á sus imperiosos quehaceres, de modo que sus cuidados eran á veces tardios é insuficientes, sin alcanzar á distraer su espíritu abatido.

Así la infeliz se abandonaba muchas, muchísimas veces, á la desesperacion considerando su estado presente y su anterior estado; porque Gertrudis habia sido bella, habia sido rica, habia sido amada, hasta que la contraria suerte le arrebató en un instante esposo, salud, hijos y fortuna.

Un dia, en que sola y exacerbada por los sufrimientos, vertia copioso llanto, vió abrirse lentamente la puerta de su buhardilla y aparecer un rostro tan hermoso que le pareció el de un ángel.

Era una jóven que se acercó á ella con aire de profunda compasion, y se sentó á la cabecera de su lecho.

—Es preciso no desconfiar jamás de la Providencia, le dijo con voz dulcísima, Dios no abandona á nadie!

Permaneció á su lado largo tiempo, cuidándola con esmero, alentándola con inefables consuelos.

Cuando quiso alejarse, Gertrudis juntó las manos sobre el pecho, y la dijo con voz suplicante.

—¡Ah, señora, sin duda los serafines deben tener la belleza de vuestro rostro, la dulzura de vuestro acento, porque me parece que mi cuarto está lleno de luz, que no respira mas que perfumes... ¡Oh, señora, si es que no debo volver á veros, decidme vuestro nombre para que pueda bendecirlo eternamente!

—Me llamo Juana, dijo la jóven sonriendo, y su-

puesto que os agrada mi presencia volveré todos los días.

Cumplió su promesa, y durante seis meses Gertrudis no tuvo otra enfermera.

Juana la cuidaba con una paciencia evangélica, la daba por su misma mano los alimentos, y nunca se retiraba sin dejar sobre la mesa una moneda de plata, que tomaban las vecinas para hacer las compras necesarias.

Pero la copa de lágrimas que Gertrudis debía llenar en este mundo rebosaba ya; por cuanto un día, cuando Juana entró en la buhardilla la halló llena de gente, y vió que al lado de la cama de su protegida estaba un venerable sacerdote recibiendo su confesion postrera.

—¿Qué es esto? preguntó á las mujeres agrupadas junto á la puerta.

—Ay, señora, es que Dios la llama junto á sí para



Doña Juana de Castilla.

—¿Quién será? se preguntaban éstas unas á otras llenas de curiosidad.

—Parece una dama principal!

—Bien lo demuestra su porte!

—Tiene la abnegacion de una santa!

—Dios se lo premie.

—Si pudiéramos averiguar quién es?

—Imposible! Viene siempre en una litera que deja en la esquina, y nunca toma el mismo camino ni para ir ni para venir.

Tales eran los comentarios que hacian las mujeres de la vecindad, y aun las del barrio, sin que en los seis meses trascurridos hubiesen obtenida el mas ligero indicio de su estado ni de su alcurnia.

coronarla con su gloria! Esta mañana se ha puesto muy mala... Ha venido el médico y la ha mandado disponer!... Estamos esperando al Señor!...

La enferma terminó su confesion.

—¡Ah, balbuceó con esfuerzo, yo no quiero morir sin ver mi ángel bueno!

Así llamaba á Juana.

Ésta se abalanzó hácia ella, y la estrechó en sus brazos.

Las lágrimas de entrambas se confundieron: se confundieron los dulces consuelos, las fervientes bendiciones!

En aquel instante resonó la campanilla que anunciaba á la triste moribunda que iba á recibir la visi-

ta de aquel que es Rey de Reyes!

Al oírla todos los circunstantes se postraron de rodillas.

Entró el sacerdote, que llevaba la Hóstia consagrada, y en pos de él los demás sacerdotes y monaguillos, y detrás de todos una hermosa dama acompañada de un séquito numeroso.

Habia ya entonces la piadosísima costumbre de que los personajes principales que hallaban en su tránsito el sagrado Viático le cediesen su litera, y le acompañasen á pié con toda su servidumbre, y esto era sin duda lo que había acontecido entonces.

Acabóse la sagrada ceremonia, retiráronse los sacerdotes; pero cuando la hermosa dama quiso acercarse al lecho de la moribunda para dirigirla algunas palabras de consuelo, fijó la vista en Juana y soltó un grito de sorpresa.

—Hija!

—Madre! exclamaron á la par.

—Bendita seas! murmuró la primera, enternecida.

—Bendita seais vos, querida madre! respondió humildemente Juana.

—Benditas, benditas ambas! exclamó el venerable sacerdote que se hallaba á la cabecera del lecho de la moribunda. ; Gertrudis, repuso con entusiasmo, las que ves delante de tí consolando tu agonía, la una es Isabel la Católica, que ciñe la corona de dos mundos; la otra es su hija la archiduquesa Juana, heredera de su poder y de su gloria!... De rodillas todos, hijos, de rodillas, y demos gracias á la Providencia, que ha enviado dos de sus ángeles á regir los destinos de nuestra hermosa patria!...

Y todos se arrodillaron murmurando fervientes bendiciones, mientras la viuda, enferma y desvalida exhalaba su postrer suspiro entre los brazos de dos poderosas reinas, unidas á ella por la sublime caridad cristiana, que borra las gerarquías y convierte á todos los hombres en hermanos!...

A. G.



EL RELÓ.

Eco triste y dolorido
Que nuestra pena retrata,
Lúgubre y postrer gemido
Que toda esperanza mata
Con su pausado tañido.

En su carrera inhumana
Cada paso roba un día
A nuestra existencia vana,
Y mata nuestra alegría
La voz tétrica, sombría
De una campana.

El que por fiero delito
Llora libertad perdida
Y oye de conciencia el grito,
Ante su esfera contrito
Verá el resto de su vida.

Y acaso cuando ya sana,
Llanto de arrepentimiento
Vierta aquel alma inhumana,
Cortará su sentimiento
El fijo tañido lento
De una campana.

Corre el hombre hácia el ocaso
Por alcanzar la ilusión
Que fuera su sueño acaso,
Y va siguiendo su paso
Triste y fatídico son.
Y á veces si se decide
Por él la fortuna insana,
Que la disfrute le impide
La ronca voz y cristiana
Con que su existencia mide
Triste campana.

Llora desgraciado sér
De incierta vida fatal
El eterno padecer,
Y siempre el génio del mal
Le va robando el placer.
Y cuando alegre y riente
En primavera mañana
El sol aleja su frente
De horrible muerte temprana,
Le arrulla el doble imponente
De una campana.

Calma el pecho sus dolores
Trás una ilusión querida
Sublime prenda de amores,
Y allí vierte de su vida
Las hermosísimas flores.

Mas cuando piensa lejana
Esa sentencia maldita
Que hiere al que mas se afana,
Su flor sucumbe marchita
Mientras que zumba y se agita
Triste campana.

Dulces recuerdos que ayer
El alma alegre besó
Se fueron como el placer
Heridos por el poder
De un misterioso reló.

¡Todo ilusiones perdidas,
Nombres, que la muerte allana,
Glorias para siempre idas,
Como la niebla liviana;
Sombras por el eco heridas
De una campana.

A. ALCALDE VALLADARES.

CLEMENCIA.

Continuacion.

Este drama íntimo y secreto se estuvo representando durante muchos años al lado del noble administrador sin que éste lo apercibiese, y cuando abrió los ojos, cuando conoció que su hija era esclava de un niño mimado, solo acertó con sus reconvenciones á alejarla mas y mas del corazon de su madre. Madama Ogé cedió al parecer, quiso reprimir las tiranías de Augusto, pero en el fondo de su alma conservó un vivo resentimiento para la que no habia sabido ser mas que víctima inocente. Por estas mismas causas Mr. Ogé no abrigó nunca por su hijo mas que un afecto tibio, y sea que su salud se alteraba visiblemente, sea que por completo se consagrara á Clemencia, no se ocupaba de su hijo sino con mucha superficialidad: su esposa le reconvenia, y de aquí resultaban desagradables altercados, que hubieran podido turbar la paz de la familia.... pero no anticipamos acontecimientos, y volvamos á las cualidades de Clemencia, que tan bien justificaban la predileccion de su padre.

Este habia querido que á la instruccion profunda que formaba el verdadero tesoro de su hija, se uniese otro tesoro aparente, que no se guarda para sí, que tiene necesidad de admiradores, y que constituye en fin la educacion social de una señorita. Clemencia dibujaba bien, pintaba acuarelas, y merced á algunas lecciones de piano, á los trece años tocaba con extraordinario aplomo y sentimiento los trozos

mas difíciles de los primeros maestros. Su aficion por la música jamás habia parecido excesiva, se aproximaba al piano casi con timidez, y cuando en algun baile se la indicaba tocar ó bailar, daba á lo segundo la preferencia. Esto no obstante, era una excelente música.

Cierto dia que estaba al piano recordando una romanza que habia oído la víspera, logrando impresionarla, su padre, que pasaba á la sazón, se detuvo silencioso en la puerta para escucharla.

—Bravo, exclamó en el instante en que Clemencia, apoyada en su memoria, cantaba la romanza con toda la satisfaccion de una dificultad vencida.

—Te burlas de mí! exclamó ésta corriendo turbada á abrazar á su padre.

—No me burlo, murmuró el padre entusiasmado; tienes una voz preciosa, y desde mañana quiero que tomes maestra de canto.

Se buscó la mejor de la ciudad, que aun asi valia bien poco, y al cabo de seis meses Clemencia sabia mas que su maestra. Cantó en algunas reuniones, con timidez primero, con seguridad despues, mas que por su gusto por proporcionársele á los demas. En toda la ciudad no se habló durante algunos dias mas que de ese nuevo don que la jóven reunia á los demas, y era el tormento de todas las madres. No habia medio de negar el milagro: la voz de Clemencia era tan perfecta como su belleza! Su única venganza consistió en solicitar de la jóven que diese un concierto público para los pobres repitiendo en todos los tonos, al ver que ella cedió gustosa: «Clemencia es una artista.»

Sabido es que en las capitales de provincia este epíteto es tan injurioso para una mujer como el de poeta lo es para un hombre.

No era sin embargo en público donde Clemencia hallaba su inspiracion: en familia, ó mejor dicho al lado de su padre, era donde cantaba con un sentimiento y una seguridad que el arte no le habia enseñado.

—¡Oh! si cantases así delante de ellos! exclamaba entonces el padre con entusiasmo y despecho á la vez. Pero Clemencia era de las que no se manifestan mas que á seres queridos, sin conceder á los indiferentes lo que mañana acaso quisieran recobrar.

Una circunstancia imprevista llegó á procurar á su talento naciente la direccion que le faltaba.

La célebre cantante Laura Monti, fatigada de tantas ovaciones y ávida de tranquilidad y reposo, habia alquilado una casa de campo situada en un delicioso valle, á dos leguas de la ciudad de C.... Al aislarse de aquella manera, habia jurado convertirse en una verdadera campesina, sin tener mas admiradores de sus gracias que el ruiñón y la golondrina; pero un juramento de artista es como un juramento de amante: juran no volver á querer y quebrantan

al punto su juramento. Quince días habría pasado en su pacífico retiro, cuando ya la poética italiana se consideraba triste y desgraciada, y eso que las crónicas teatrales afirmaban que para recrear sus ocios abrigaba una pasión misteriosa y profunda, cuyo objeto era desconocido; aunque se le citaban mil adoradores no se le concedía mas que un solo amante, y la Monti obtenía y era merecedora del respeto de todos.

Hemos dicho que se aburría ya de su soledad, y los *dilettanti* de la ciudad de C... le suplicaron violase su juramento, pidiéndole con instancia que se dejase oír en un concierto. La artista rehusó pretestando el mal estado de su salud, y los periódicos de la ciudad que habían celebrado su llegada, lamentaron la causa de su negativa exajerando el estado en que se hallaba, y contándola casi á las puertas de la tumba: la prensa parisiense, acogiendo con dolor semejantes noticias, las estendió aun más, y el grito de alarma voló por toda la Europa. Laura Monti, para desmentir el rumor de su próximo fin, resolvió mostrarse en público, borrando con un nuevo triunfo aquella absurda noticia; y el concierto y el pronto restablecimiento de la prima donna se publicaron á són de trompa tranquilizando á la Europa.

El padre de Clemencia quiso que su hija tomase también parte en este concierto, ¡temeridad grande que disculpaba su cariño y el deseo de oír el juicio que de la voz de Clemencia formaba la ilustre cantante! Laura Monti no pertenecía al número de artistas envidiosos que no pueden sufrir que nadie brille á su lado; por el contrario en las representaciones que había dado durante su vida artística había agrupado en torno suyo los cantantes mas queridos del público, y mas dignos de serlo.

—Yo canto mal, murmuraba, si quien canta conmigo no canta bien.

Cuando vió á Clemencia con su sencillo vestido blanco y sus lazos azules, exclamó sin vacilar, que una jóven tan linda no tenía necesidad de cantar bien para ser admirada; y así que la oyó, á pesar de que Clemencia cantó con mas timidez que de ordinario, se dirigió á ella, estrechó sus manos con cariño, y fijando en la de la jóven su dulce mirada, exclamó:

—Teneis, hija mia, una voz de admirable estension, de maravillosa dulzura. ¿Me permitireis daros algunas lecciones?

Clemencia, sin poder contener sus lágrimas, besó, reconocida, las manos de la ilustre artista, mientras su padre miraba á ambas conmovido.

—Escuchad ahora, murmuró Laura, presentándose ante el público, que la recibió con una salva de aplausos.

Laura cantó como no había cantado nunca, ó mas bien como acostumbraba á cantar siempre: su alma impresionable se exhalaba en las tiernas notas que

modulaban sus labios, y cuanto sentía y soñaba lo trasmitía su mágica voz de un modo comprensible á todos. Su brillante triunfo admiró en general y colmó de alegría á las que envidiaban el talento de Clemencia, que se vió de nuevo distinguida por la artista, escuchando de sus labios estas palabras lisonjeras.

—Como yo canto cantareis en un año, y en dos ¡quién sabe! acaso mucho mejor.

Durante el concierto. Laura estuvo al lado de su discípula, como ya la llamaba, admirando tanto candor y tanta hermosura. El padre de Clemencia la suplicó fuese á comer á su casa al día siguiente, aceptando la artista y acordando que aquel día se daría la primera lección. La distinción que obtuvo Clemencia fué objeto de todas las conversaciones, mezclándose al triunfo de la Monti, y dando el golpe de gracia á mas de un amor propio que estaba ya mortalmente herido.

Laura Monti, no solo comió al día siguiente en casa de Mr. Ogé, sino que repitió sus visitas, y en cada una revelaba algun secreto del arte á su jóven discípula, que hizo rápidos progresos, modulando su voz y elevando su alma á la esfera donde veía colocada la de su ilustre maestra.

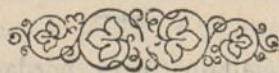
Clemencia admiraba con transporte los progresos de su propio talento, cultivándole mas y mas, no tanto por los triunfos que conseguir pudiera, como por profundizar el arte. Cantar con su maestra en presencia de su padre, hé aquí toda su ambición! El día en que Laura anunció que la llamaba á Londres una contrata ventajosa, la jóven tuvo un verdadero pesar, el que trató de mitigar su amiga, instándola para que con ella diese un concierto en obsequio de los pobres. ¡Qué noche para monsieur Ogé! ¡Cuán orgulloso estaba aquel pobre padre, y como conmovían su corazón las palmadas del auditorio.

Por fin llegó el día en que profesora y discípula tuvieron que separarse.

—Hasta la vista, hija mia, exclamó Laura depositando en la frente de Clemencia un último beso: no sé cuándo ni dónde, pero tengo la seguridad de que un día nos veremos; si yo pudiera leer en el porvenir os daría una cita para el teatro italiano, en París; pero quién sabe si yo tendré en él mi puesto, ó si otras artistas de mérito mayor.... acaso mañana vos misma me reemplazareis.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.



EL MEJOR AGUINALDO.

Gertrudis el día de año nuevo estaba loca de contento, sus tios por vía de aguinaldo lleváronla preciosísimos juguetes; el mejor de todos consistía en una muñeca que abría y cerraba los ojos, con tal gachonera, que hubiera podido enzarzar á mas de cuatro muñecas de carne y hueso; ¡ya hubieran ellas querido tener un traje como el suyo, y los blondos rizos que adornaban su carita de porcelana!

El rival de la muñeca era un gracioso arlequin que se las hubiera podido apostar con el mejor payaso del circo de Price; con solo tirar de un hilo movía las piernas y los brazos, de modo que sus cabriolas hubieran hecho reír á un misántropo, y Gertrudis, que nada tenía de melancólica, se divertía con él en grande; tira que tira del hilo estaba cuando á visitarla su hermanita de leche, robusta lugareña, que nunca vió en su mano juguete que pasara de dos cuartos.

¡Figuráos si la encantarian las gracias de monseñor Purichinela! reíase como una tonta mirando sus contorsiones, y apenas vió la suya, echóle mano, tiró del hilo, y zás, rompió la hebra (¡qué tal sería el tiron!), y el pobre bailarín quedóse patitieso y como atacado de una súbita parálisis.

Ver aquello Gertrudis, y levantar la mano para dar un bofetón á la entremetida lugareña todo fué uno; pero al ver que la culpable tenía los ojos llenos de lágrimas, la noble criatura se contuvo, y abrazando á la cariacontecida y forzada carabanchelera, dijo: —¡Poco me ha faltado para ser mala!

—No llores, querida mía, eres mejor que yo. Tú has hecho el mal sin querer, ¡pobrecita!

El mas torpe comprende la nobleza de un generoso perdón; la niña lloró mas al verse halagada, que hubiera llorado si Gertrudis, cediendo á su mal impulso, hubiera descargado en ella sus iras.

—No llores, por Dios, repetía la generosa niña, y afanosa por consolarla y reparar su yerro, corrió en busca de la elegante muñeca, y se la presentó diciéndole: —Mira, mira qué bonito aguinaldo!! Es para tí! Quiero regalártela, pero ten mucho cuidado de no romperla. Es tan bonita! ¿Verdad qué te gusta mucho?

Estas palabras elevaron hasta el quinto cielo á la embelesada lugareña.

Pero aun embelesaron mas las de Gertrudis á su excelente madre, que al oírla exclamó. —Bendita seas, hija de mi alma! qué buena eres! pero te quedas sin tu mejor aguinaldo! añadió en tono compasivo.

—No lo creas, mamá, exclamó Gertrudis corriendo á sus brazos, mi mejor aguinaldo es oírte decir ahora que soy buena!

MICAELA DE SILVA.

LABORES.

El pliego de dibujos para bordados que repartimos con este número es de bastante mayor tamaño que los que hemos dado hasta aquí, y contiene á la espalda los patrones que ordinariamente han ido en

otro número. Esta reunion, en lugar de ser una economía, aumenta nuestros gastos, pero como no es la especulación el objeto de nuestra empresa, no nos detenemos en el propósito de mejoras progresivas, aunque los desembolsos sean mayores. El bello y galante público que nos favorece compensa nuestros sacrificios con nuevas suscripciones cada día.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUMS. 1. *Cuello* bordado á *plumetis* y *minuto*.
- NUM. 2. *Puño* correspondiente.
- NUM. 3. *Cenefa* de cachemir bordada á *punto ruso* con colores fuertes.
- NUM. 4. *Entredos* para enagua, bordado á la *inglesa* y *punto ruso*; este último con negro ó azul.
- NUM. 5. *Cubierta* de acerico bordada á *feston* y *bieses* respunteados por ambos bordes.
- NUM. 6. *Pañuelo* del mismo género de sobrepuestos con escudo y palmas á *plumetis*.
- NUM. 7. *Cenefa* bordada con cordón ó *trencilla* para batas de piqué ó cachemir, para señora.
- NUM. 8. *Idem*, *idem*, para el mismo objeto.
- NUM. 9. *Cenefa* de punto ruso bordada sobre cachemir con colores, para corbata.
- NUMS. 10 y 11. *Corbata* de seda y encaje para señora, y croquis del punto ruso para bordarla.
- NUM. 12. *Pañuelo* rico bordado á *plumetis* y *arenilla*.
- NUM. 13. *Cuello* recto bordado al *minuto*.
- NUM. 14. *Pañuelo* de jaretas cosidas á *pespunte* formando orilla y greca, y escudo y flores á *plumetis* y *minuto*: un encaje rico debe completar este distinguido pañuelo.

El patron que va á la espalda del pliego es de la *sotana* correspondiente al figurín, núm. 765, que se repartió el 8 del corriente, y que por su forma nueva tanto llamó la atención de nuestras suscriptoras. Compónense estos patrones de *espalda*, *costadillo* y *dos delanteros*, por cerrar torcida, y tener cada uno distinto corte. Las letras muestran los empalmes, y el ángulo saliente que forma cada pieza en el talle es para hacer una tabla hácia adentro. Debemos advertir á nuestras lectoras que á estos patrones les falta la estension de la falda, que obtendrán siguiendo las líneas empezadas, en el mismo sentido que lo estén, hasta dar á la sotana el largo que necesite el vestido. La mitad mas pequeña del delantero que dice: *Segunda mitad del delantero, que cierra sesgada*, se corta al biés. Para mayor claridad van todas las piezas repetidas en tamaño pequeño con el largo correspondiente, y la figura del vestido vista por delante.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.